

Verdad dice quien sombra dice



Christiane Dimitriades



El Taller **Blanco**
EDICIONES



Verdad dice quien sombra dice

© De los textos: *Christiane Dimitriades*

© De la presente edición: *El Taller Blanco Ediciones*

© Imagen de portada: *Giorgio Rolla*

Impreso en Cali, Colombia, noviembre de 2023.

Correo: eltallerblancoed@gmail.com

Facebook: El Taller Blanco Ediciones

X: @BlancoTaller

Instagram: @eltallerblanco.e



Verdad dice quien sombra dice, de Christiane Dimitriades,
se distribuye bajo una Licencia Creative Commons
AtribuciónNoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

CHRISTIANE DIMITRIADES
VERDAD DICE QUIEN SOMBRA DICE

*

COLECCIÓN *VOZ AISLADA*
El Taller Blanco Ediciones



El Taller **Blanco**
EDICIONES

Septiembre trae consigo el otoño y exhala su aliento sobre tierras lejanas, las hojas caen de los árboles y cubren de rojo el asfalto como despedida de la plenitud del año. Debajo de la línea ecuatorial comienza la primavera: los pájaros regresan a sus antiguas moradas, todo vuelve a renacer. En el trópico solamente existen dos tonalidades del tiempo: el breve e intenso gris de las nubes que en su descarga inunda las calles y la radiante la luz que enceguece la visión, tiñe de blanco el paisaje y nos obliga a mirar de nuevo los objetos, a enfocarlos en su justo centro, a salir del espejismo que duplica el resplandor y nuestras experiencias sensoriales. Los pintores bien saben cómo la incandescencia disgrega y desmaterializa el entorno.

*

La claridad se exhibe con tanta impudicia que camufla su verdad.

Pienso en «el sol negro» de Georges Bataille, en su profundo «deseo de la noche».

*

El centinela que me custodia, en un momento de descuido, ha dejado escapar mi sombra.

Por mis venas corren más de seis mil años de mitología, cinco mil setecientos ochenta y cuatro años judíos, dos mil veintitrés años del calendario gregoriano y una anemia fulminante.

*

El verde se impone desde las minúsculas raíces de cualquier especie vegetal hasta la exuberante frondosidad de los corpulentos árboles. Desconozco sus nombres, tal vez por indiferencia, o porque rehúyo las escenas silvestres. Mi relación con la naturaleza, que a veces percibo como extraña y hostil, se me ha dado únicamente a través del artificio, de la copia, vale decir, de una segunda realidad: toda reproducción es menos cruel y menos riesgosa.

En un gesto audaz la sombra se anuncia, al verla el viajero manifiesta su sorpresa: «no te he dicho aún cuánto me alegra oírte y no sólo verte» (Nietzsche).

*

El ir y venir de las olas me produce un efecto contrario al de la densa espesura del bosque o de la selva. Con el mar sostengo una íntima relación. Reconozco cuánto hay de inexplicable en su vasta extensión, como si fuera la irónica respuesta a nuestras ingenuas interrogantes. Sus peligros quedan mermados cuando en un acto de humanidad y de buena fe, sin vencedores ni vencidos, acoge por igual a náufragos y a suicidas para engullirlos en la profundidad de su maternal vientre.

Ese animal que nos acompaña hasta el final de nuestra existencia, que marcha al unísono de nuestras percepciones, este cuerpo cuyos movimientos son siempre impredecibles, como los del perro encadenado que, al salir de su encierro, toma la delantera y nos obliga a ir tras él, a seguirlo por sendas desconocidas.

*

En su duelo los judíos cubren los espejos de la casa, acertado hábito que oculta el dolor de nuestros semblantes.

La ingenuidad de Myshkin, el príncipe idiota de Dostoievski, seguramente ha contribuido a formar la imagen que el vulgo, no sin razón, se hace en la actualidad de los poetas al considerarlos privados de astucia, estúpidos tal vez, seguidores de una voz que sólo emite el eco de las cosas.

*

Incluso así prefiero el liviano soplo de la palabra, su extraño poder sobre el vacío.

El crepúsculo nos precede: volveremos a ser, brevemente,
antes que la luz nos consuma.

*

Lo que llamamos espíritu cobra musculatura a costa de
nuestros desvalidos cuerpos.

Vergüenza de sólo balbucear palabras entre las sombras, de girar en círculo sobre mí misma sin poder asir el mundo, este país en ruinas, convertido en un maltrecho juguete en manos de la insidia.

*

Las llamas de la hoguera proyectan fantasmales figuras ante los prisioneros de la caverna. En esta alegoría mora una evidencia que Platón no admite como verdadera. ¿Acaso toda certeza no es más que el dobléz de los hechos, y el bien una escasa limosna de la existencia?

«Da a tu proverbio también sentido: dale sombra» (...)

«Verdad dice quien sombra dice» (Paul Celan).

*

Un fantasmal cronómetro maniobra las horas a su albedrío y
deja su insistente tictac al final de la jornada.

La torpeza de algún demiurgo ha cubierto mi osamenta con la
afligida piel del universo.

*

Hay palabras que cortan la lengua, que nunca podré
pronunciar.

Te acostumbras a la enfermedad como a la presencia de un pretendiente, debido a su constancia se convierte en el perfecto marido. Por las mañanas sabe si tomarás café o alguna fruta, si harás tu habitual caminata, visitarás al médico o tendrás suficiente fuerza para comenzar a escribir; pero ignora ese deseo tuyo de quedarte callada, inmóvil, escrutando las tinieblas.

*

«Acaso de mi sombra surgen, fatales e ilusorios, los días»
(Jorge Luis Borges).

Después de ordenar y limpiar el apartamento, se sienta, me observa leer como quien contempla un espectro, con su habitual timidez me extiende papel y lápiz, quiere que la ayude a redactar una carta para su hijo en el exilio. «Algo bonito, dice, igual a lo que está escrito en los libros». No, Irma, las líneas ajenas a veces se convierten en verdaderas telarañas de las que es difícil zafarse. Estoy segura de que tu voz llegará, con más acierto, al corazón de las palabras. Díctame, te escucho...

*

Soy dos mitades que se esquivan, ninguna quiere que la otra le arrebathe su lóbrego sol.

A esta hora de la tarde el impulso de escribir adquiere el brío de una bestia balanceándose dentro de la cuadra para huir de su impuesta reclusión, sin embargo, me detengo, no logro escribir.

*

El verbo «asombrar» nació en las caballerías, del espanto de las bestias ante sus propias sombras.

No interpretes este silencio como una actitud arrogante.
No es desdén, sólo pretendo volver a mi lengua, mi lengua no
admite traductor.

*

Admiro a los escritores que describen al comensal deshojando
los pétalos de una alcachofa mientras cavila acerca de su vida,
a los que logran conciliar ese descuero entre la banalidad de
un gesto y la disertación del personaje sobre algún
infortunado suceso.

La gota de vino se derrama y deja su sombra en el mantel.

*

No tocada, todavía inmaculada, la página en blanco es para el escritor lo mismo que el cielo para quien en tiempos de ocio lanza su cometa al viento: puede ser un hábil conocedor de ese arte, pero debe tener suficiente destreza y cautela al vigilar su necesidad de elevarse, al riesgo de arder en su intento de alcanzar el sol.

Estas letras parecen una hilera de monjes reclinados ante el altar, pero en sus oraciones no hallarás esperanza ni convicción que refuerce tu fe.

*

Una niña apoya la cabeza sobre mi falda, llora incansablemente, vislumbra el porvenir.

Si pudiera prestarte mi voz para que hable de tu vana jornada en la que hurgas los basurales, del cansancio que ya no distingue la enfermedad del desconsuelo, de tu regreso a casa por las doscientas treinta escaleras con las manos colmadas de rancia oscuridad.

*

De los amantes y de los libros nos queda alguna imagen, deslustrada por la impertinencia del tiempo.

La sombra destruye la materia, sólo conserva su forma más depurada, su esencia. En su *Tratado de la pintura* Leonardo habla del infinito poder de la sombra al privar por entero a los cuerpos de luz. La luz nunca logra expulsar toda sombra de los cuerpos.

*

Retirarnos con las nubes cuando evaden lentamente la borrasca y se alejan para aliviar su pena en otros firmamentos.

Miro la magnífica edición sobre la exposición de Théodore Géricault en el Grand Palais con texto de Andrée Chedid que está sobre la mesa, me detengo en el óleo *Cabeza de caballo blanco*, la testa del equino atrae y perturba a la poeta como un amante. En ese diario imaginado en el que Chedid se apropia de la voz del pintor, copio la pregunta que se hiciera poco antes de que su enfermedad lo llevara al absoluto silencio: «¿Cómo definir mi existencia? ¿Habría yo solamente vivido a la sombra de sus sombras? ¿O bien me habría beneficiado de sus rayos, de esa llama singular, eterna, emanada a la vez de una obra y de un amor? No lo sé. Nada tengo que agregar». (*)

*

La punta de mi lápiz se gasta, a toda prisa, inútilmente.

(*)3 décembre 1875. «Comment définir mon existence? Aurai-je seulement vécu à l'ombre de ces ombres? Ou bien aurai-je bénéficié de ce rayonnement, de cette flammé singulière, éternelle, émanant à la fois d'une oeuvre et d'un amour? Je ne sais pas. Je n'ai plus rien à ajouter». Gericault & Andrée Chedid, XIX Siècle, Flohic Editions, Collection Musées Secrets, Belgique, 1992.

Sobre los muertos que amamos ningún verbo debe conjugarse en tiempo pasado.

*

El silencio oculta el insondable misterio de una falta, cuando al fin mi voz irrumpe, la despótica gramática pretende someterla.

Mis pasos se resisten a marchar al ritmo de la soldadesca y su desacorde banda marcial.

*

Lo miro mientras repara el agrietado muro de mi casa, su torso, de clásica perfección, contrasta con las rudimentarias herramientas de albañilería, durante su ardua y monótona faena habrá pensado alguna vez en cubrir con yeso, cal y cemento la pena de los dolientes.

Llevan el domingo en sus rostros, absueltos de la rutina cotidiana caminan desorientados por el breve receso del tiempo, entran a su iglesia y rezan.

*

El dios que me acompaña recupera su habla cuando la escritura desciende, oblicua, sobre la hoja de papel.

La melancolía es una pena sin objeto, la tristeza en su más pura condición.

*

Se escribe para el mismo lector, discreto, impasible ante el tiempo y la luz.

Con la muerte ningún pacto es posible, a nadie concede unos instantes para agregar esas pocas líneas a nuestra inacabada frase.

*

Pertenezco a esa estirpe que sólo descansa cuando asoma el alba.

Una larga sombra será mi relevo.

Christiane Dimitriades es venezolana, de origen griego. Nace en Egipto, El Cairo (1953), y llega a Venezuela a los tres años de edad. Es licenciada en Filosofía y luego profesora de Estética en la Escuela de Artes (de la que fue su directora entre 1993 y 1996) de la Universidad Central de Venezuela. Ha publicado poesía y ensayos de arte y filosofía en diversos periódicos y revistas especializadas (*Revista Imagen*, *Revista Nacional de Cultura*, *Lamigal*, *Revista M*, *Revista iberoamericana Casapaís*, *Revista checa Plav*, *Papel Literario de El Nacional*, diario *El Universal*, entre otros) y ha escrito textos en varios catálogos sobre artistas visuales nacionales. Es autora de los poemarios *Del eterno retorno* (La Draga y el Dragón, Caracas, 1987) y de *Encuentros del poeta con el psicoanalista* (Fundarte, Caracas, 1991). En 1997 publica una novela: *Sabath* (Grijalbo, Caracas). Es la compiladora de *Mínima antología de estética* (2001, Caracas, Fondo Editorial de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela). El libro *Voz de fondo* (Oscar Todtmann Editores, Caracas, 2019) reúne tres poemarios escritos entre 2003 y 2019, a saber: *Todos los bordes*, *Hablo una lengua* y *Voz de fondo*. *El cuarto jugador* es su último libro de poesía publicado por Dcir ediciones (Caracas, 2020).

Poesía

Últimos títulos de la colección *VOZ AISLADA*

Desmesura/Víctor Rivera

Agonía de los días terrestres/Ricardo Montiel

El reino del hombre/Felipe Donoso Suárez

El silencio es una bailarina/ Geraldine Gutiérrez-Wienken

sed plural/William Jiménez

Otro futuro o nada/Rubén Darío Carrero

Tiempo lento/Gustavo Adolfo Garcés

El único refugio son los párpados/Marta Jazmín García

Secreta inquietud/Jesús Alberto León

El tiempo de la espera/ Joel Bracho Gherzi

Visión de carne/ Carlos A. Colón Ruiz

La dicha de lo inacabado/Carlos Vicéns

Devocionario/Manuel Iris

Límbica/Vanessa Almada Noguerón

Nenúfares malogrados y otras pesadillas/Miriam Mireles

Poemas de una niña/Daniela Jaimes-Borges

El fuego siempre el fuego/Elennys Oliveros

Teoría del fin del aire/Alma Karla Sandoval

Pelambre/Annabel Petit Alvarado

Despojo/Michela La Galla

En *Verdad dice quien sombra dice*, que remite directamente al celebrado verso de Paul Celan, se reúnen las huellas del discurso lírico, filológico, metaficcional y aforístico; somos capaces de saborear los orígenes textuales que dan cuenta de una cultura asimilada y humana: «Estoy segura de que tu voz llegará, con más acierto, al corazón de las palabras». Christiane Dimitriades nos acerca a un efectivo «pensamiento poético», de la mano de un estricto y a la vez sutil empleo del lenguaje. Aquí detectamos el cuerpo de una escritora que percibe su estancia en la tierra (un país que se deteriora) y registra su tránsito con sagacidad. En su palabra se asocian el pensar y el sentir, dos ingredientes indivisibles y fundamentales para entender esta poesía que se deja palpar a través de todos los sentidos. En su elegante prosa poética (sin excesos ni fachadas intelectuales) la voz suena y reflexiona en una frecuencia radial que todos reconocemos.

Néstor Mendoza